

rítmica dada por Reyes, tan fluída, enérgica y brillante. A veces dan ganas de copiar largos trozos de tales discursos para que juzgue el lector de estas notas, o bien, ponerse uno a recitarlos. Y esto no lo provocan las traducciones en prosa llana.

La técnica del recitador, el modo de ir hilvanando los hechos, las descripciones y los discursos, me recuerda la técnica de los cuentistas muy primitivos que oye uno por las aldeas españolas. La de esos narradores que comienzan así: "Fulano entonces dijo, dice..." Tales narradores se deleitan en los pormenores de una acción sencilla, como Homero al describir la preparación del arco y el disparo de la flecha que manda Licaón contra Menelao; en cambio, no son tan claros ni tan plásticos al tratarse de una intriga entre varios personajes. Por esto tienen que recurrir constantemente al "dijo, dice".

Espero poder seguir, anotando, acotando la magnífica traducción. No he pasado todavía de la Rapsodia Quinta.

J. MORENO VILLA.

Suplemento de Novedades.

México, 20 de enero de 1952.

EL ÚLTIMO LIBRO DE ALFONSO REYES

ESTE mexicano de renombre en América y conocido en algunos países de Europa es un trabajador que no interrumpe su fecunda tarea. No importa el país en que se halle ni la función en que se ocupe: su labor es continua y la misma. Es, desde hace tiempo, a modo de punto de referencia en las letras americanas.

"La misma", he dicho de su obra. Sin embargo, distingamos. En sus años de mozo, que él supo dilatar hasta riberas distantes, la literatura española fue su asunto directo, en términos de ser un especialista en algunos de sus contenidos. Según el testimonio de Pedro Henríquez Ureña, los dos hicieron serias y detenidas indagaciones por las moradas de los clásicos. Y mientras tanto, se informaba Reyes en varias literaturas europeas.

Por otra parte, alcanzaba relieve como poeta y afinaba su rendimiento de ensayista. El ensayo es en él invasor. Le pasa lo que a Ortega y Gasset: puede escribir con el más circunspecto aire didáctico sobre materias filosóficas, sin que ello cierre el paso a la prosa del ensayista, por el aliento, la movilidad, el *pathos* personal.

Esa diversidad de direcciones que se disciernen claras en sus libros, deja sitio todavía a la dedicación de los últimos años, la testimoniada por *La Crítica en la edad ateniense* (1941) y *la antigua retórica* (1942). Su reciente *Junta de sombras* se une también a esa forma de humanismo aclarador, no cultivado por nadie, hasta Reyes, en español.

Y uno se pregunta: ¿Es que Reyes sabe más de literatura castellana que de la cultura griega? Cuando se leen sus trabajos de la *Revista de Filología Española*, sus *Cuestiones gongorinas* y sus *Capítulos de literatura española*, para no mencionarlo todo, se piensa, con fundamento, que el autor está ahí, en eso, mejor que en mansión alguna del intelecto. Y de fijo que ya es mucho, si agre-

gamos la aludida creación en la poesía y el ensayo. Mas el juicio sería —creo yo— de dudosa exactitud. Habría que decir, si se quiere acertar, que hombres como éste dominan por igual los diferentes estudios a que consagran sus horas vigilantes. Al menos yo no quedo satisfecho con la aserción de que don Alfonso Reyes es más hispanista que helenista.

En efecto, allá se fue, a la antigüedad griega y latina, armado de copiosa erudición, familiarizado con cuantas autoridades han recorrido los caminos de aquel clasicismo, para percibir por sí los hechos generadores de la mentalidad de Occidente. Y claro: cada paso lo ha iluminado en la andanza lenta, con la lectura de las piezas en el original.

Ahora regresa de una de sus incursiones con la lección espléndida, la versión de *La Iliada*. Acaba de publicar la primera parte: "Aquiles agraviado". Se trata de un volumen de 243 páginas. El traslado es en verso. El prólogo dice, sin más, el extenso, acendrado saber de Reyes en esta rama de la filología clásica; las *Notas*, desde la página 203, confirman abrumadoramente la autoridad del helenista. Cuando uno ha leído a Butcher, a Murray, a Jaeger... y pasa un par de horas no más con este libro de genuina belleza en la traducción y de notoria densidad en la parte filológica, no siente diferencia de nivel. Luce bien nuestro hermano de América junto a esos y otros helenistas, y quizá con no sé qué ventaja no de saber sino de penetración, propia de la mente latina, más en consonancia con el genio de las dos referidas antigüedades. La otra, la hebrea, ¿qué pueblos modernos la han comprendido mejor? No sé lo que cree Alfonso Reyes.

De Butcher no tengo a la vista sino *Some aspects of the Greek genius* (1916). Su fundamental *Aristotle's Theory of Poetry and Fine Art* la consulté y extracté en una biblioteca de los Estados Unidos; de Murray, vuelvo ahora, incitado por Reyes, a releer páginas de su historia literaria de Grecia y de *The classical tradition in Poetry* (1927). Cualquiera de las dos es de lectura más amable

que el inglés de Saintsbury, en sus tres gruesos tomos sobre la Crítica. En punto a eso, a "lectura amable", la didáctica francesa gana el galardón. El mero aficionado se deleita con el compendio de Groiset.

Decía que Alfonso Reyes está bien al lado de sus colegas ilustres. Pero él declara con elegancia que en cuanto a leer el griego, lo que hace es descifrarlo. Aparte de que eso no pasa de ser una ocurrencia, podría preguntarse: ¿No desciframos casi siempre a los grandes autores, aunque leamos el original? Ya ellos, por el hecho de escribir, se aproximaban y no más a su íntima ideación, a su incomunicable emoción. Después, el lector, ensaya otra aproximación. Lo que nos queda es parte de la sustancia.

La que nos ofrece D. Alfonso del famoso poema de Homero ha peregrinado sin deslustrarse. Pero es honrado advertir al lector que hablo refiriéndome sólo al texto español. Impresiona como si Reyes hubiera escrito el canto o poco menos; tal es la naturalidad, la frescura, la movilidad de los medios expresivos, la presencia del aliento épico... Lo más externo, la rima, no denuncia labor artificiosa. Van cayendo los consonantes como si no hubiese otros más justos, en los más de los casos. Más allá, a cotejos con el griego, por supuesto que no puedo ir.

¡Cuánta vitalidad la de Homero! Ya *La Iliada* en sí era magna realización. Y produjo más: una resonancia que hoy persiste. Aquella poesía épica alimentó la tragedia griega, desde Esquilo, veteándola de mitos y divinidades; generó poemas menores diversos; ofreció a Aristóteles materiales para su *Poética*; contribuyó a la fijación racionalista de un género; entretuvo a los filólogos alejandrinos, muy ocupados en el texto... y prosigue el vasto influjo, en oleadas que los siglos renuevan. ¿No escribe Hegel sugestivas páginas sobre la epopeya griega en su *Estética*? Y es América, "la que tenía poetas desde los viejos tiempos...", la que hoy recibe el resplandor homérico; y es México, donde el humanismo tiene tradición (no sólo jesuítica), la tierra americana, patria del he-

nista capaz de sumirnos de nuevo en el encanto de los *aedas*. Su traslado no halla ahora *rapsodas*, pero hallará lectores, y de seguro que éstos no echarán de menos en los flexibles alejandrinos de Reyes, aquel "color homérico" ausente en la *Iliada* traducida por el P. Alegre (1776), según el certero juicio de Hugo Foscolo, recordado por Menéndez y Pelayo.

Con visible desembarazo en lo formal y con esa forma de simpatía que es madre de la comprensión, se mueve la inteligencia de Reyes a lo largo del poema. Se ha compenetrado con la época, en que la niebla de los dioses extiende su manto sobre el sentido de la vida, sobre todo hasta el tiempo de Esquilo. Ha sentido volar sobre los sucesos el Destino que los gobierna, el misterioso *ananké*, superior a Zeus mismo. Ha escuchado los trémulos presagios del coro de la tragedia, en sus cautas sentencias y en su compasión por los mortales. De allá, de aquella etapa del espíritu humano vuelve Alfonso Reyes con su lección luminosa.

Leía yo el *Aristóteles* de Jaeger y releía su *Paideia*, tan abarcadora, cuando alcancé el último ejemplar que había en nuestras librerías de esta nueva *Iliada*. La coincidencia me incitó a recorrer otras viejas lecturas, entre ellas un escrito de G. Murray, incluido en el volumen de *Entretiens*, "Vers un nouvel humanisme", donde sintetiza la herencia griega en Occidente. El libro de Reyes me recordó el juicio de Murray cuando dice que no hay progreso sino en la ciencia, en la técnica... pues las obras maestras del Arte se producen con plenitud, son únicas, con señorío estético que no admite progreso ulterior, porque hay en ellas "une espece de valeus statique et éternelle, comme la beauté de l'aube..." Así es, sin oportunidad para disentir. Y así nos impresiona Homero no obstante el cúmulo de elementos extraños a nuestra cultura. Duran, válidos para el interés universal, ciertos fondos esenciales de lo humano. Sin ellos no tendrían sentido los clásicos.

Agradecemos al autor de *Visión de Anáhuac* este fino regalo que elaboró y pulió desde su amada altiplanicie, "la región más

transparente del aire". Que se lo agradezca la América entera, con sano orgullo, porque una voz más de estas tierras se hace oír en medio del rumor multiforme del humanismo europeo.

Medardo VITIER.

Diario de la Marina,

8 de Marzo de 1952.

LA "ILIADA" DE ALFONSO REYES

En una de las presentaciones publicitarias de esta obra —precisamente en *Abside*, XVI-1, se la ha considerado como “el mayor acontecimiento humanístico de nuestro tiempo”. Y para corroborar un poco —o un mucho—, esto, se citan los pasajes centrales de sendas cartas que enviaron al autor don Ramón Menéndez Pidal, Werner Jaeger y T. Navarro Tomás y que fueron publicadas hace algún tiempo. Si a primera vista tal anuncio parece exagerado, ya lo parece menos al ver el entusiasta interés y la altura de las opiniones que la obra de don Alfonso merece a estos tres humanistas, de los grandes en nuestro tiempo; menos aún lo parece al medir y pesar las capacidades del autor y los valores de la obra. Y al hablar de autor y obra, no me refiero —resulta claro y obvio— al poeta griego, sublime entre todos, ni a su *Iliada*, poema quizá el más perfecto, sino a Reyes y a su creación poética. Hablar así de don Alfonso y su *Iliada* no es un simple recurso retórico ni al menos una adulación vacua. Es un derecho y hasta una obligación, al encontrar a un poeta, y grande, vertiendo a un poeta, y al hallar una obra poética reflejo y recreación de otra. En esto estriban, más que en nada, o a ello confluyen, las capacidades de don Alfonso y los valores de su *Iliada*, y es, en nuestra opinión, el más justo a la vez que más elevado elogio de su obra. Creemos, además, que esa fue la natural intención del autor, y no podría ser de otra manera, tratándose de un poeta. Puede afirmarse que muchos traductores no tuvieron ni podían tener tal intención ante la *Iliada*; y muchos otros, aunque la tuvieron, no la contemplaron realizada. De don Alfonso creemos poder asentar ambas cosas. Ya el mismo título nos lo empezaba a sugerir. No se dice: Homero, *La Iliada*, Traducción de... Sino: *La Iliada* de Homero..., fundiendo autor y obra primitivos, para destacar la “autoría” de quien trae y recrea a aquellos para nuestro tiempo. En otras ocasiones como que se nos decía: el autor es Homero, yo soy un simple transportador, un simple intermediario de su mensaje. Ahora parece decírsenos: yo voy

a crear de nuevo el mundo de Homero en su *Iliada*, voy a “cooperar” con él en la elaboración poética, a ser él mismo en la mayor medida posible.

Todo lo que vamos diciendo es evidente para quien con espíritu y oído atento haya seguido los escondidos e íntimos rumores de la ninfa Eco, como dice el mismo don Alfonso respecto de Homero. Y se demuestra primeramente, con la fácil soltura del lenguaje, de ese lenguaje homérico —que no deja de serlo por ser español—, compuesto de palabras pingües y enteras, llenas de la substancia de las cosas; palabras naturales y frescas, con las que se ven los seres bajo el ángulo puro de una sencillez casi primitiva; lenguaje homérico concreto y grueso, guiado por referencias desusadas —para nosotros—; sembrado y aun erizado de toponimias, “teonimias” y “heronimias”, que en manos torpes o extrañas a Homero son obstáculos para el ritmo y la melodía. Se manifiesta en segundo término, con el ritmo del verso, ora perceptible a nuestros oídos hispánicos y occidentales, ora asimilado al ritmo del original, fuerte y severo, movido a veces por saltos crispantes o por detenciones bruscas, al modo de la rítmica moderna en la poesía y en la música. Ritmo al que ayuda la sonoridad vigorosa de las palabras propias del canto épico, escogidas muy en consonancia con el original. Nosotros hemos leído la parte publicada del poema, y releído muchos pasajes; hemos seguido a la par el texto griego y nos ha parecido hallar una gran asimilación, principalmente en los dos aspectos apuntados. Respecto a la rima, creemos que —como el mismo Reyes parece aludirlo— es a manera de concesión para centrar mejor todas nuestras facultades en la dinámica o movimiento del poema, cuya verdadera esencia nosotros ya no percibimos. ¡Cómo nos hubiera gustado leer y saborear lo que se había poetizado sin rima! Quizá lo hubiéramos sentido más homérico, aunque también —quién sabe— estaría más alejado de algunos espíritus menos ágiles. Pero nos conformamos, porque ese gusto lo tendremos en las otras partes del poema, donde se ha prometido prescindir de la rima.

Dice don Alfonso: "No leo la lengua de Homero, la descifro apenas". Ejemplar modestia y sincero reconocimiento ante la gran dificultad de profundizar en una lengua como la griega y en un lenguaje como el homérico. Con los conocimientos que él tiene, muchos otros pretenderían dominarla. Y en realidad, en un espíritu responsable y severo como Reyes, ese dominio es descifrarla. Molesta en lo hondo oír decir por ahí tonta e ignorantemente que don Alfonso no sabe griego: ¿han seguido acaso esos jueces vanos sus estudios personales y callados —y por lo mismo más fructíferos— durante años de la lengua de Homero, de Esquilo y de Platón? Ante el alarde poético de poner a Homero en nuestras manos hispanas y frente a su acendrada probidad literaria ¿se atreverá alguien a repetir esa leyenda infundada y a final de cuentas impersonal?

En breves líneas —como es propio de un auténtico prólogo— se nos ofrece una teoría de la traducción, o mejor, del traslado poético. Sus puntos de vista nos parece deben considerarse como modelo de la versión poética. En ésta, lo que más debe respetarse, obviamente, es lo poético; si esto se pierde, se perdió el poema. En tal sentido se ha de entender el traslado de concepto a concepto y no de palabra a palabra. Vertir de voz a voz es una sujeción externa y un obstáculo a la recreación, además de las dificultades que podrían presentar la filología y la semántica. Verter de concepto a concepto —no se entienda de significado verbal— es seguir en vuelo libre de recreación la concepción y forma poéticas del original para transformarlas en valores poéticos iguales o semejantes en nuestra lengua. La base de cualquier versión —en especial la poética— es equilibrar las dos lenguas en cierto punto en donde coincidan el mayor número de aspectos y donde se pierda el mínimo de valores. En lo que cabe acercarse a un ideal, opinamos que Alfonso Reyes se ha acercado más que nadie a ese ideal y a Homero. Feli-

citamos al Fondo de Cultura Económica por hacernos testigos y partícipes de ese acercamiento, dándonos a gustar a Homero como en nuestra propia lengua.

Bernabé NAVARRO B.

Excelsior.

México, 20 abril de 1952.